

Martin Heidegger
Textos
Fotos
Comentarios
Bibliografía
Cronología
Links
Heidegger
en castellano
Nietzsche en Castellano
Derrida en Castellano

HEBEL - EL AMIGO DE LA CASA

Martin Heidegger

Traducción de Beate Jaecker con la colaboración de Gerda Schattenberg, en: Eco (Bogotá) Tomo XLI, N°. 249 (Julio 1982) pp.225-240

¿Quién es Johann-Peter Hebel? El camino que podría llevarnos directamente a responder a esta pregunta sería sin duda dejarnos contar la vida de este hombre. Quizás escuchamos todavía el nombre de Johann-Peter Hebel aquí y allá en la escuela primaria. Conocemos algunos de sus poemas en el libro de lectura y retenemos más o menos uno u otro en la memoria. El nombre de Johann-Peter Hebel viene también a nuestros oídos al leer alguna de sus “historias de calendario”.

Es bueno conocer la vida de este poeta, pues favoreció el florecer de la fuente poética que dormitaba en él.

Alemanes de origen, los padres de Johann-Peter Hebel trabajaban en Suiza, y aquél nació en Bâle en 1760. El padre no sobrevivió más que alrededor de un año al nacimiento del pequeño Hanspeter. A la edad de trece años, el niño perdió a su madre quien residía en Hausen, en el Wiesental. Este valle remonta la Selva Negra y se extiende desde la curva que hace el Rin en Bâle-Lorrach hasta Feldberg, en donde tiene sus fuentes el riachuelo cayos rasgos y cuyo curso ha cantado Hebel en su gran poema “Die Wiese”.

Más tarde el joven Hebel frecuentó el liceo de Karlsruhe. Estudió teología en Erlangen, se hizo vicario en la protestante Markgraeflerland y, poco después, institutor en Lorrach. A la edad de treinta y un años retornó, esta vez en calidad de maestro, al liceo de Karlsruhe, en donde fue profesor y más tarde director. de la escuela. Accedió por fin a

altos cargos y dignidades, tanto eclesiásticos como civiles, que asumió hasta el día de su muerte, el 22 de septiembre de 1826; tenía entonces sesenta y seis años de edad. En esta forma, Hebel pasó más de la mitad de su vida lejos de su tierra natal.

En verdad, Karlsruhe le resultaba extraña, pues la proximidad de su tierra natal, que era también la de su infancia, ocupó constantemente sus pensamientos y recordaba de manera irresistible al habitante de Wiesental. La savia y el vigor de su provincia permanecieron vivos en el corazón y el espíritu de Hebel, lo mismo que el alma robusta y jovial de sus amigos de allá. Aunque no pudo realizar el único sueño de su vida, poder vivir en la Markgraeflerland ejerciendo sus funciones de pastor de pueblo, Hebel permaneció siempre bajo el encanto seductor de su tierra natal. De la inmensa nostalgia que tenía de su tierra nacieron sus Poemas alemanicos, que aparecieron en 1803. Hebel escribe en el Prólogo:

“El dialecto en que están escritos estos poemas puede justificar su titulo. Domina en el ángulo del Rin, entre el Frictal y el antiguo Sundgau, y se extiende con algunas modificaciones hasta los Vosgos y los Alpes. Vuelve a encontrárselo finalmente, más allá de la Selva Negra, en gran parte de Suevia”.

Podemos creer que la poesía de Hebel, por ser una poesía dialectal, solamente habla de un mundo limitado. Se piensa además que el dialecto no es más que un mal uso y una deformación de la lengua noble y literaria. Un juicio tal es erróneo, pues el dialecto es la fuente misteriosa de toda lengua evolucionada. De esta fuente nos viene todo lo que el espíritu de la lengua abraja en sí mismo.

¿Qué abraja el espíritu de una lengua auténtica? Preserva las relaciones sin brillo pero sin embargo fundamentales con Dios, con el mundo y los hombres, sus obras, sus hechos y gestos. Lo que el espíritu de la lengua abraja en si es ese punto culminante y predominante, origen de toda cosa y, por consiguiente, principio de su valor y de su fecundidad.

Esta altura y este valor subsisten y se expanden en la lengua. Pero mueren igualmente con esta, a partir del momento en que le falta el flujo de esa fuente que es el dialecto. Johann-Peter Hebel lo sabía muy bien. Por ello escribe en una carta, poco antes de la aparición de sus “Poemas Alemanicos”, que estos permanecen sin ninguna duda limitados “al carácter y al horizonte de un pequeño pueblo”, pero no por eso dejan de ser “noble poesía” (Briefe, p. 114).

¿Qué es una “noble poesía”? Es una poesía que tiene nobleza, es decir, que tiene su alto origen en lo que es permanente en sí y cuya fuerza generosa no se acaba jamás. Por consiguiente, Johann-Peter Hebel no es un simple poeta dialectal y local. Hebel es un poeta universal. Parece por lo tanto que ya hemos encontrado respuesta a nuestra pregunta: ¿quién es Johann-Peter Hebel? Pero no es así todavía. Sólo la tendremos si sabemos igualmente por qué Hebel llegó a ser el gran poeta que es. Es por esto que nos preguntarnos una vez más: ¿Quién es Johann-Peter Hebel? Dar a esta pregunta una respuesta anticipada es sostener:

Johann-Peter Hebel es el Amigo de la Casa.

Esta respuesta suena en un principio extraña; inclusive diríamos incomprendible. “Amigo de la Casa” un nombre simple pero cargado de sentido profundo y amplio. Hebel ha encontrado este nombre gracias a su maravillosa sensibilidad auditiva y ha sabido conservarle su rica y fascinante significación. Lo eligió para el calendario de la región de Baden del que fue editor. Pero reconoció al mismo tiempo en el título del calendario, “Amigo de la Casa”, la denominación que califica su propia disposición poética. Como lo escribía en 1811 al “Muy Alto Ministerio del Gran Duque” de Karlsruhe, Hebel se sintió entusiasmado con la “bella idea de hacer del Calendario del Amigo Renano de la Casa una aparición bienvenida y bienhechora y, en la medida de lo posible, el mejor calendario de Alemania entera, vencedor de toda competencia eventual”.

Lo que Hebel dice aquí de su bella idea del calendario merece ser considerado palabra por palabra.

El calendario quería ser una aparición. Quería brillar constantemente con una resplandeciente luz, quería iluminar la vida cotidiana de los hombres. No debe aparecer como cualquier otro impreso, que apenas se lo ha visto cuando ya cae en el olvido.

La aparición del calendario quería ser una aparición “bienvenida”: una aparición libremente saludada y no, como era habitual en otros tiempos, impuesta autoritariamente a las gentes.

La aparición del calendario quería ser una aparición “benefactora”: inspirada por el deseo de suscitar la alegría y apaciguar y mitigar las penas de los lectores.

Por otra parte, el calendario debe rebasar los límites estrechos de la región y dirigirse de la manera “más notable” a Alemania entera. Hebel mide, en efecto, su decir y sus escritos de acuerdo con la más alta escala, y sólo gracias a esta exigencia puede apreciar el alcance de una tal aparición.

Hebel no temía, por último, confesar que todo lo esencial que le es posible crear al hombre -inclusive un calendario- es un don de la victoria en un noble combate. En nuestros días, el “Diario ilustrado” ha reemplazado y suprimido al viejo calendario. Este, dispersa, descompone, sitúa lo esencial y lo inesencial al mismo nivel uniforme de lo superficial, efímeramente ilusorio y ya dejado atrás. Aquel -el calendario-, podía en otros tiempos mostrar lo que hay de permanente en lo poco aparente, y tenía igualmente la virtud de incitar a una lectura y a una meditación renovadas.

Sin duda alguna Hebel ha conferido por consiguiente a la “bella idea” de su calendario un brillo que constituye, más allá del instante presente, un encantamiento siempre nuevo para el espíritu y la sensibilidad de los hombres. ¿Cómo llegó a conseguirlo? Al llegar a

ser Hebel lo que fue: el Amigo de la Casa. La expresión “Amigo de la Casa”, profunda a pesar de su simplicidad, es el nombre que define el rasgo fundamental de la vocación poética de Hebel.

Ciertamente, si se considera el oficio de poeta exclusivamente como una producción de poemas, puede entonces afirmarse que Hebel ha cesado de ser poeta después de la publicación de “Poemas Alemánicos”. Sin embargo, los poemas “Para los Amigos de la Naturaleza y de las Costumbres rurales” no son más que el comienzo de su vocación y de su obra poéticas, de dimensión universal.

Los relatos y consideraciones del calendario hebeliano hacen que esta obra llegue a ser una lengua alemana de las más nobles. Hebel quien vivía en una proximidad luminosa de la lengua, conocía, bien ese tesoro. Escogió de acuerdo con su propia apreciación poética los trozos más bellos que había publicado en el “Calendario del Amigo Renano de la Casa”. Limita así el tesoro a lo que tenía de más precioso, le confeccionó un pequeño cofre y lo ofreció en 1811 al mundo de lengua alemana como “Schatzkaestlein”.

El pensamiento imaginativo y creador que hizo que la “Schatzkaestlein” haya llegado a ser la obra literaria que nosotros admiramos, constituye esta actitud poética que nos hace reconocer a Hebel como el “Amigo de la Casa”. Pero en la “Schatzkaestlein” están al mismo tiempo conservados (aufgehoben) los “Poemas, Alemánicos”, conservados en el triple sentido que se atribuye a esa palabra (aufheben) uno de los grandes contemporáneos del poeta, el pensador Georg-Wilhelm-Friedrich Hegel, originario de Suevia.

“Aufheben” quiere decir en primer lugar: levantar del suelo lo que reposa sobre él. Esta forma de “aufheben” permanece puramente exterior mientras no está determinada por un “aufheben” de una significación equivalente a: conservar. Pero este último “aufheben” no halla tampoco su alcance y su permanencia más que si proviene de un “aufheben” en el sentido de: elevar, transformar, ennoblecer. De esta manera Hebel ha conservado (aufgehoben) los “Poemas Alemánicos” en la “Schatzkaestlein”. El encanto de esos poemas resplandece en todas las partes de la “Schatzkaestlein”, sin que estén propiamente hablando contenidos en ella.

Lo que habitualmente vemos del mundo, lo que vemos de las cosas humanas y divinas adquiere, gracias al decir poético, un nuevo rostro, precioso y rico en misterio. Un lenguaje elevado da el sello de este ennoblecimiento. Pero la elevación tiende hacia la simplicidad. El lenguaje se eleva hacia la simplicidad cuando el dulce brillo y el sonido apacible de la palabra hacen aparecer todas las cosas bajo una nueva luz. Este decir ennoblecedor caracteriza la vocación poética de Johann-Peter Hebel.

Solamente después de madura reflexión podemos comprender en todo su alcance y también retener lo que hombres eminentes tales como Emil Strauss, Wilhelm Altwegg y Wilhelm Zentner habían sentido ya: que las cartas de Hebel pertenecen a la unidad de su obra poética completa, al mismo título que los “Poemas Alemánicos” y la “Schatzkaestlein”.

Esas cartas solamente las podía escribir el poeta que, con una creciente lucidez, ha reconocido su propio ser como siendo el del Amigo de la Casa y lo ha asumido resueltamente.

Sin embargo, nos preguntamos de nuevo: ¿quién es este Amigo de la Casa? ¿En qué es Hebel un amigo, y de qué casa?

Pensamos en primer término en las casas que habitan campesinos y ciudadanos. Con mucha ligereza y corrientemente también por necesidad, nos representamos hoy las casas como un conjunto de piezas en donde se desarrolla la vida cotidiana de los hombres. La casa se convierte por así decir en un simple local en donde habitar. Pero la casa no llega a ser verdaderamente casa más que por la habitación. La construcción por la que se erige la casa no es lo que en verdad es si no está orientada previamente por un “permitir-habitar”, “permitir” que despierta y ofrece las posibilidades primordiales de la habitación.

Si consideramos el verbo “habitar” en un sentido suficientemente amplio, si lo pensamos en su esencia, nos indica la manera como los hombres hacen su camino del nacimiento a la muerte, sobre la tierra, bajo los cielos. Ese caminar, rico en cambios, reviste aspectos diferentes. Sin embargo, continúa siendo de un cabo a otro el rasgo fundamental de la habitación, en cuanto permanencia humana entre cielo y tierra, entre el nacimiento y la muerte, entre la alegría y el dolor, entre la obra y la palabra.

Si nosotros llamamos a este “Entre” multiforme el mundo, el mundo es entonces la casa que habitan los mortales. En cambio, las casas particulares, las aldeas, las ciudades son construcciones que reúnen en ellas y en torno a ellas este “Entre” multiforme. Las construcciones disponen la tierra, es decir el paisaje habitado, en la proximidad del hombre y establecen al mismo tiempo bajo la extensión del cielo la dimensión de la vecindad. Solamente en la medida en que el hombre habita la casa del mundo en cuanto mortal, está destinado a construirle a los Dioses su casa, lo mismo que construye su propia morada.

“El Amigo de la Casa” es el Amigo de esta casa que es el mundo. Simpatiza con la habitación humana en su integralidad y su extensión. Su simpatía descansa por consiguiente en una pertenencia original, pero al mismo tiempo conforme, al mundo y a su estructura.

Por esto encontramos en la “Schatzkaestlein” del Amigo de la casa “Consideraciones sobre la estructura del mundo”, consideraciones que no ha introducido por azar ni entremezcladas entre los relatos. Después de madura reflexión, ha dispuesto preciosamente el tesoro del pequeño cofre.

Algo más: con esas “Consideraciones sobre la estructura del mundo” comienza, la “Schatzkaestlein”. El Amigo de la Casa nos muestra en primer término la tierra y el cielo. Después vienen las consideraciones sobre la luna. Enseguida resplandecen las estrellas, entre los relatos de hechos y gestos humanos, inocentes o aventurados, honestos o

astutos: en primer término vienen los planetas, divididos en dos partes, enseguida los cometas e intencionalmente, en último término, las estrellas fijas.

Podría decirse, y sin lugar a dudas con cierta razón, que las Consideraciones del Hebel sobre la estructura del mundo no han hecho más que seguir la corriente de su época, que honraba el espíritu de las luces. No era posible ignorar por más tiempo los principios de las ciencias naturales modernas, entonces en plena expansión, que se querían enseñar a los hombres como el mejor conocimiento de la naturaleza. Esta anotación concerniente al Siglo de las Luces es sin duda correcta. Pero desconoce enteramente lo que Johann-Petter Hebel, el Amigo de la Casa, se proponía hacer con ayuda de sus Consideraciones sobre la estructura del mundo. Únicamente descubriremos lo que él tiene en miras cuando sepamos quién es el verdadero Amigo de la Casa.

Aunque esto nos sorprenda, este no es de ninguna manera Hebel. ¿Quién es entonces? Hebel mismo nos da la respuesta en un pasaje significativo de sus Consideraciones sobre la estructura del mundo. Si prestamos atención a lo que hay en este pasaje de característico, encontramos que nos da una orientación decisiva en nuestro intento de pensar la esencia del Amigo de la Casa a partir de la casa del mundo. El pasaje en cuestión se encuentra al final de las consideraciones sobre la Luna. He aquí lo que dice en él:

“En octavo y último lugar, ¿qué hace entonces exactamente la luna en el cielo?
Respuesta: lo que le hace a la tierra. Es cierto que ella ilumina nuestras noches con su dulce luz, que es el reflejo de los rayos solares, y que contempla a los muchachos besar a las muchachas. Es ella, verdadero “Amigo de la Casa” y primer hacedor del calendario de nuestra tierra, el general en jefe de todos los serenos cuando los demás duermen”
(*Betrachtung ueber das Weltgebauede. Der Mond 1, pp. 326 ss.*).

El verdadero “Amigo de la Casa” de la tierra es la luna. ¿Quién osaría expresar sucintamente y, por esta misma razón, con palabras inevitablemente desprovistas de fineza, lo que aquí aparece como la característica del Amigo de la Casa? Hebel, el terrestre .Amigo dé., la Casa, aporta con su decir, lo mismo que la luna con su brillo, una dulce luz. La luna alumbra nuestras noches. Pero la luz que aporta, no la alumbra por sí misma. No es más que el reflejo de aquélla que ha recibido previamente de su sol, cuyo esplendor ilumina al mismo tiempo la tierra.

El reflejo del sol, que la luna suaviza y remite a la tierra, constituye, en su calidad de reflejó, la imagen del decir poético confiado al Amigo de la Casa. Así iluminado, éste repite entonces lo que le ha sido confiado a quienes habitan la tierra con él. En todo cuanto dice, el Amigo de la Casa salvaguarda lo esencial a que se remiten los hombres en cuanto habitantes (de la tierra) , pero sobre el que se adormecen, sin embargo, muy fácilmente.

Lo mismo que la luna, general en jefe de los serenos, el Amigo de la Casa .permanece en vela durante la noche. Vela el buen reposo de los habitantes, atento a lo que puede amenazarlos y turbarlos.

Primer hacedor del calendario, la luna predetermina , el curso de las horas y del tiempo. Así el decir poético precede a los mortales en el camino que recorren del nacimiento a la muerte.

El Amigo de la Casa mira a los muchachos besar a las muchachas. Su mirada es maravillosa, no es aquella de un espectador indiscreto. Vela para que sea acordado a los enamorados el claro de luna, esa dulce claridad que no es puramente terrestre ni celeste sino que depende a la vez de las dos, de la una y de la otra, constituyendo originalmente sólo una.

Al contemplar la luna, Hebel nos hace descubrir la esencia del Amigo de la Casa. Camino y estancia, actitud y porte del Amigo de la Casa. son un solo y el mismo reflejo que, particularmente discreto en su vigilancia, dota a todas las cosas de un nimbo de dulce luz, apenas perceptible.

A esto corresponde lo que Hebel, a título de Amigo de la Casa, dice de sí mismo. Este pone aquí y allá en sus relatos y consideraciones un “pequeño grano de oro” (II, 99) . “Pues el Amigo Renano de la Casa va y viene con asiduidad a lo largo del Rin, mira a través de más de una ventana sin que se lo vea, se sienta en más de un albergue sin que se lo reconozca y realiza con muchas buenas gentes una o dos caminatas dominicales sin hacerse reconocer”.

En esta forma, el Amigo de la Casa piensa por consiguiente mucho más de lo que dice a su amigo lector y calla lo que tiene verdaderamente que decir. Como lo escribe al final de una de sus historias de calendario (II, 164) : “El Amigo de la Casa tiene su opinión sobre este tema, pero no la dice”. Ciertamente, el Amigo de la Casa sabe igualmente a quién se dirige su decir: a la “gran feria del mundo y de la vida” (II, 172) . “No se presta al principio gran atención a las idas y venidas de los unos y los otros, hasta que se encuentra finalmente en medio de gente absolutamente distinta a aquella con que se encontraba al comienzo”.

El Amigo de la Casa sabe también claramente que la vida de los mortales está esencialmente determinada y sostenida por la palabra. Hebel escribe en una carta fechada en septiembre de 1808: “Una gran parte de nuestra vida es el recorrido más o menos agradable o desagradable de un laberinto de palabras, y la mayor parte de nuestras guerras son (...) guerras de palabras” (Briefe, p. 372) .

No es de sorprenderse que la tarea de sostener .como es necesario esta guerra de palabras con su decir, sea para el Amigo de la Casa más pesada de lo que imaginamos.

Hebel escribe un día a Justinus Kerner (20 de julio de 1817. Briefe, 565) : “Usted sabe lo que exige, para quien se dirige a cierto público, saber introducir oportunamente en la verdad y la claridad de su vida lo que hay que decirle”... y nosotros podríamos agregar: y permanecer al mismo tiempo “desapercibido y en la sombra” (10 de agosto de 1817, Briefe, 567) . Este es, en efecto, el estilo del Amigo de la Casa. Hebel explica una vez

más esta idea cuando escribe por la misma época (a Justinus Kerner, 24 de octubre de 1817, Briefe, 569) que se puede bajo esta denominación, “hablar a corazón abierto al lector y contarle toda clase de historias . . .“

El carácter amistoso del Amigo de la Casa aparece al lector en la modestia de su decir, que deja inexpresado lo que tiene que decir. El Amigo de la Casa encuentra y conserva en un tal decir una orientación hacia la casa de los mortales, de tal suerte que penetra en la casa del mundo, siendo en esta forma su huésped como si no lo fuera.

“Amigo: de la Casa”. nombre que nos hace entrever a distancia y nos vela al mismo tiempo la esencia de lo que llamamos habitualmente un poeta.

El poeta reúne el mundo en un decir cuya palabra es un reflejo dulcemente atenuado, bajo su resplandor el mundo aparece como si fuera visto por vez primera. El propósito del Amigo de la Casa no es solamente instruir o educar. No quiere imponer ninguna coacción a su lector, a fin de que éste pueda por si mismo dedicarse a lo esencial -esencial sobre el que se ha inclinado el Amigo de la Casa para dialogar con nosotros-.

¿Qué tipo de diálogo tiene en miras el amigo de esta casa que es el mundo? ¿Sobre qué quisiera el Amigo de la Casa comenzar a conversar? Respuesta: de las reflexiones con las que él mismo comienza su decir en la “Schatzkaestlein”. Son las “Consideraciones generales sobre la estructura del mundo”, cuya introducción concluye Hebel con esta frase:

“El Amigo de la Casa quiere ahora hacer una prédica, tomando por tema primero la tierra y el sol, y enseguida la luna y las estrellas”.

¿Una prédica? Sin duda. Notemos sin embargo bien quién predica aquí: el Amigo de la Casa, no el sacerdote. Pero un poeta que predica es un mal poeta: a menos que comprendamos el verbo “predicar” en un sentido más profundo. Predicar es el “predicare” latino, lo que quiere decir predecir algo, y de ese modo proclamarlo, elogiarlo, y hacer aparecer lo que tiene que decir en todo su esplendor. Este “predicar” es la esencia del decir poético.

Por consiguiente, las Consideraciones de Hebel sobre la estructura del mundo pertenecen al dominio poético. Se trata de una afirmación atrevida, pues la propia intención de Hebel, lo mismo que sus declaraciones, parecen contradecirla. Este querría, en efecto, gracias a las consideraciones en cuestión, conducir a los lectores de su calendario a un mejor conocimiento de la estructura del mundo, a fin de liberarlos de una ignorancia que no tendría otro responsable que su propia negligencia.

La primera página del “Schatzkaestlein” comienza con las frases siguientes:

“Esté sentado en su casa, en medio de los suyos y rodeado de sus montañas y árboles familiares, o se encuentre sentado en una taberna frente a un jarro de cerveza, el amigo lector se siente a sus anchas y no va a buscar más lejos. Pero ignora de dónde viene el sol

cuando éste se levanta, a la aurora, en su apacible magnificencia. Ignora también de dónde se retira este astro, cuando el crepúsculo lo ve desaparecer en el horizonte, ignora dónde se oculta su luz durante la noche y por qué misterioso camino vuelve a encontrar las montañas de su salida. Cuando la luna se pasea en la noche, unas veces pálida y delgada, otras redonda y plena, el lector ignora también a qué se debe esto y si levanta los ojos hacia un cielo constelado de estrellas cada una más bella, más radiante y más esplendorosa que la otra, se imagina que todas están allí para él, sin saber sin embargo exactamente lo que ellas quieren. Mi buen amigo, no es loable ver así cada día la misma cosa y no cuidarse jamás de lo que ella significa”.

El Amigo de la Casa querría incitar a sus lectores a meditar sobre lo que se manifiesta en los procesos y estados de la naturaleza, que rigen nuestro mundo habitado. Por eso les presenta la naturaleza como lo hacen los “Naturalistas y astrónomos” de las ciencias naturales modernas, el “gran Copérnico” ante todo: es decir, en números, figuras y leyes. Después de haber reflexionado maduramente, podemos decir que el Amigo de la Casa muestra la naturaleza también en su calculabilidad científica, sin perderse sin embargo en esta única concepción de la naturaleza. Si es verdad que vuelve sus miradas hacia la naturaleza calculable, no por eso deja de reconducir esta naturaleza así representada a la naturalidad de la naturaleza.

Esta naturalidad de la naturaleza es en su esencia, y de allí históricamente, mucho más antigua que la naturaleza tomada en el sentido de objeto de las ciencias naturales modernas. La naturalidad de la naturaleza no proviene jamás directamente de la misma naturaleza; está comprendida más bien en lo que los antiguos pensadores griegos llamaban antes la “Physis”: aparición y desaparición de todo “ente” en su presencia y su ausencia.

Lo natural de la naturaleza es levantarse –y- ocultarse del sol, de la luna, de las estrellas que concierne directamente a los hombres en su calidad de habitantes en lo que les sugiere lo misterioso del mundo. Si el sol, en la explicación científica de la estructura del mundo, está pensado de acuerdo con la forma copernicana, esto no le impide, dentro de la naturaleza natural, continuar siendo –según dos poemas de Hebel- “esta extraña mujer de la que todo ser desea recibir luz y calor”, “de quien cada uno solicita los favores” y que “sin embargo .(permanece) tan buena y amistosa” (Das Habermus 1, 104 ss., Der Sommerabend 1, 78 ss.).

Hebel transforma aquí el sol en campesina, pues en la simplicidad de una mujer del campo y de todo ser humano, ¿acaso no nos parece como si el sol y las estrellas de la naturaleza natural nos iluminaran con su calmado esplendor?

Es cierto que Goethe escribía en su comentario sobre los “Poemas Alemánicos” de Hebel: “El autor transforma los objetos de la naturaleza en campesinos y hace campesino todo el universo, de la manera más ingenua y encantadora; el paisaje en que siempre evocamos al campesino parece constituir en esta forma uno solo con aquel, en nuestra imaginación exaltada y febricitante”.

Hebel hace campesino el universo. Este juicio que parece duro pero sin embargo se quiere amistoso, encierra todo un problema que precisamente preocupó sin descanso la creación poética y el pensamiento de Goethe en su último período.

¿Qué debemos por consiguiente nosotros, nosotros también y por sobre todo particularmente nosotros, hombres de nuestros días, estimar digno de ser considerado por un instante como problema?

Lo que es digno de ser considerado como un problema ha crecido entre tanto hasta lo inconmensurable, hasta lo impenetrable, y arrastra a nuestra época no sabemos hacia dónde.

El que la naturaleza técnicamente dominable de la ciencia y la naturaleza natural de la habitación humana se aparten entre sí, se separen como dos terrenos extraños y que se huyen con una constante aceleración, es algo digno de ser considerado como un problema, un problema cuyo nombre exacto todavía no conocemos.

El que la naturaleza calculable se apodere, en cuanto mundo presuntamente verdadero, de toda reflexión y aspiración del hombre, que transforme y endurezca el pensamiento humano para hacerlo pensamiento puramente matemático, es algo digno de ser considerado como un problema.

El que la naturaleza natural caiga en la nulidad de una creación imaginaria y no toque ni siquiera ya a los poetas, es algo digno de ser considerado como un problema.

El que la poesía misma no pueda ser ya una forma determinante de la verdad, es algo digno de ser considerado como un problema.

Todo lo que precede puede igualmente enunciarse así: erramos hoy en una casa del mundo a la que falta el Amigo de la Casa, ese amigo precisamente cuyo apego al mundo construido técnicamente y al mundo en cuanto casa concebida para una Habitación más auténtica, es igualmente profundo. Falta este Amigo de la Casa capaz de poner .la calculabilidad y la técnica de la naturaleza al abrigo del misterio manifiesto de una naturalidad de la naturaleza que sería entonces de nuevo experimentada.

Sin duda este Amigo de la Casa hace campesino el universo. Pero este “hacer campesino” tiene el carácter de una construcción tendiente hacia una habitación humana más auténtica.

Es menester para esto constructores que sepan que el hombre no vivirá de la energía atómica sino que podrá cuando más perecer -es decir-, que perderá su esencia inclusive si esta energía atómica es empleada únicamente para fines pacíficos, mientras esos fines pacíficos continúen siendo los únicos decisivos para toda ambición y toda determinación humanas. Ante esta situación, los verdaderos constructores piensan que el simple hecho de vivir no es todavía habitar: pues el hombre, cuando habita, “habita”, de acuerdo con la frase de Hölderlin, “poéticamente sobre esta tierra”.

Johann-Peter Hebel es poeta bajo los rasgos del Amigo de la Casa. Es evidente que ya no podemos, actualmente, retornar al mundo vivido por Hebel hace un siglo y medio, ni a la rusticidad integral de esta época, como tampoco a su conocimiento limitado de la naturaleza.

Pero podemos estar atentos al hecho y a la manera en que la poética de la habitación humana tiene necesidad del poeta, siendo éste, en un sentido elevado y amplio, el amigo de la casa del mundo.

Podemos entrever aquello a lo que Johann-Peter Hebel alude cuando piensa al poeta como siendo el Amigo de la Casa, es decir aquel que “conduce al lenguaje” la , casa del mundo concebido para habitación de los hombres.

“Conducir al lenguaje” -locución que empleamos de común y corriente para expresar que algo va a ser sometido a discusión y debatido-. Esta locución adquiere sin embargo un sentido más profundo si la pensamos atentamente dándole todo el peso a sus palabras. “Conducir al lenguaje” significa entonces: enunciar por vez primera en palabras lo que permanece inexpresado, lo que jamás había sido dicho, y hacer aparecer por el decir lo que hasta allí permanecía oculto. Si consideramos el decir desde este punto de vista, se desprende de allí que el lenguaje abriga en si el tesoro de todo lo que es esencial.

Raros son quienes, hasta ahora, han apreciado en su justo valor lo que encierra la “Schatzkaestlein” de Johann-Peter Hebel. La lengua alemana en que se expresan las consideraciones y relatos de Hebel es la más simple, la más pura pero también la más cautivadora y la más rica de sentido que jamás haya sido escrita. La lengua del “Schatzkaestlein” hebeliano es la mejor escuela para quien se dispone a escribir con autoridad en lengua alemana.

¿En dónde reside el misterio de la lengua hebeliana? No en la búsqueda de un estilo precioso, ni tampoco en la intención de escribir, hasta donde sea posible, en un género popular. El misterio de la lengua de la “Schatzkaestlein” consiste en que Hebel llega a integrar la lengua del dialecto, en la lengua cultivada y literaria. El poeta hace resonar así la lengua literaria como el puro eco de la riqueza dialectal.

¿Escuchamos todavía la lengua de la “Schatzkaestlein”? ¿Nos toca todavía nuestra propia lengua hasta el punto de que la escuchemos? ¿O se nos escapa? Si, efectivamente. Lo que nuestra lengua expresó otras veces, la inagotable riqueza de su pasado, cae más y más en el olvido. ¿Qué sucede? Cada vez que habla y cualquiera sea la manera en que lo hace, el hombre sólo habla en la medida en que ha escuchado previamente la lengua. Sin embargo, inclusive no escuchar la lengua es todavía una manera de oírla. El hombre habla bebiendo en la fuente de la lengua a la que está confiada su esencia. Nosotros somos esta lengua: la lengua materna.

Respecto a la lengua que se ha desarrollado en el curso de la historia-de manera que es lengua materna- podemos decir:

En verdad, no es el hombre sino el lenguaje el que habla. El hombre no habla más que en la medida en que corresponde con el lenguaje.

Pero a consecuencia de la precipitación y de la vulgaridad inherentes al uso cotidiano del habla y de la escritura, hoy predomina otra relación con el lenguaje, más y más decisiva. Pensamos por eso que el lenguaje mismo, como todas las cosas con las que estamos cotidianamente en relación, no es más que un instrumento: el instrumento de la comunicación y de la información.

Esta representación del lenguaje nos es tan familiar, que apenas notamos su fuerza inquietante. Sin embargo, poco a poco lo que hay de inquietante en esta fuerza se revela claramente. La representación del lenguaje como instrumento de información está llevada hoy al extremo. Este proceso es sin duda conocido, pero no se reflexiona sobre su sentido. Sabemos que se hacen ahora, en el mismo contexto de la construcción del cerebro electrónico, no solamente máquinas computadoras, sino también máquinas que piensan y traducen. Toda computación, ya sea en el sentido amplio o estrecho del término, todo pensamiento y toda traducción evolucionan sin embargo en el elemento del lenguaje, y es gracias a esas máquinas que ha podido realizarse la “máquina con lenguaje”.

La máquina con lenguaje (Sprachmaschine), en el sentido de una instalación técnica de máquinas computadoras y traductoras, es distinta de la máquina que habla (Sprechmaschine). Conocemos esta última bajo la forma de un aparato que registra y transmite nuestra habla y que, por consiguiente, no interviene todavía en la esencia del lenguaje.

En cambio, la energía y las funciones mecánicas de la máquina con lenguaje regulan y calculan ya el modo de nuestro posible uso de aquel. Para la técnica moderna, esta máquina con lenguaje es -y sobre todo: llegará a ser- una manera de disponer del mundo y del mundo del lenguaje en cuanto tal.

Entre tanto, fenómenos sin cesar crecientes hacen pensar que es el hombre quien domina la máquina con lenguaje. Pero podría ser en verdad que sea la máquina la que ponga al lenguaje en acción, dominando así el ser mismo del hombre.

La relación del hombre con el lenguaje sufre una transformación cuyo alcance todavía no medimos. Y no es posible detener inmediatamente el curso de esta transformación que, además, progresa en el mayor silencio.

Sin duda debemos admitir que el lenguaje aparece en la vida cotidiana como un medio de comunicación y que es empleado como tal en las relaciones habituales de la vida. Pero hay otras relaciones fuera de las habituales. Son aquellas que Goethe llamaba “las más profundas”, diciendo del lenguaje:

“En la vida corriente nos acomodamos bien que mal al lenguaje, pues solamente describirnos relaciones superficiales. Pero, cuando se trata de relaciones más profundas, interviene otro lenguaje, el poético” (Werke 2, Abt. Tomo 11, Weimar, 1893, p. 16).

Esas relaciones más profundas del Dasein humano, Hebel las caracteriza así:

“Lo admitamos voluntariamente o no, somos plantas que deben, con ayuda de sus raíces, salir de la tierra para poder florecer en el Éter y dar frutos” (111, 314).

La tierra, esta palabra designa en la frase de Hebel todo lo que nos sostiene y nos rodea, nos inflama y nos tranquiliza en forma de lo visible, audible, y palpable: lo sensible.

El Éter (el cielo) , Hebel designa con esta palabra todo lo que percibimos sin recurrir a los órganos sensoriales: lo no sensible, el sentido, el espíritu.

Pero el lenguaje es un camino, un puente que une la profundidad de lo sensible absoluto con la elevación del espíritu más audaz.

¿En qué medida? La palabra del lenguaje suena y resuena en la sonoridad verbal, se ilumina y brilla en la escritura. Sonido y escrito son, en efecto, sensibles al enunciarse y aparecer siempre un sentido. Sentido sensible: la palabra mide la extensión del espacio comprendido entre tierra y cielo.

Gracias al lenguaje permanece abierto el campo en que el hombre habita la casa del mundo, sobre la tierra, bajo los cielos.

Podemos experimentar el lenguaje como siendo esos caminos y revueltas que recorre, con el espíritu lúcido, Johann-Peter Hebel, el poeta. Podemos, si buscamos ligarnos amistosamente con quién, por ser poeta, es el amigo de la casa del mundo: con Johann-Peter Hebel, el Amigo de la Casa.

Martin Heidegger

Sitio creado y mantenido por Horacio Potel